

tras quejas serían objeto de mofa, y sobre todo, no remediaríamos punto. Causas muy complejas y muy poderosas determinan siempre este género de situaciones, y sólo otras causas análogas y de mayor fuerza las modifican. Paciencia, pues, que cada siglo tiene sus cojeras y sus alifafes.

No es nuevo, por otra parte, el escribir largo y tendido acerca de las tales cojeras. Max Nordau consagró un capítulo substancial en su mejor libro, *Mentiras convencionales de nuestra civilización*, á la *mentira política*. Empieza recontando con mucho donaire el farrago de documentos que necesita un mozo para demostrar un hecho que salta á la vista — el hecho de que ha nacido, — y para ejercer una profesión, para casarse, para poner una tienda, para todo lo que se puede intentar y emprender, que sin excepción está sometido á las exigencias inaguantables del Estado y al formulismo de los papelotes. «Y sin embargo — añade Nordau, — con el actual sistema de gobierno, tan complicado, con tantísimo infundio que parece el cuento de nunca acabar, con tanto escribir, protocolizar, funcionar, prohibir, autorizar, dar y tomar del Estado en todas las relaciones y actos de nuestra existencia, ni está garantizada nuestra propiedad, ni nuestra seguridad, ni nuestra vida. En compensación de todos los sacrificios de sangre, dinero y libertad, que el ciudadano ofrece al Estado, no recibe más servicios que el de la justicia, por otra parte desatinadamente cara é interminable, y el de la instrucción...» ¡Instrucción, justicia! Los que leemos este párrafo de Nordau pensamos en los famélicos maestros, en las escuelas desmanteladas, en los libros de texto fabricados Dios sabe cómo é impresos en papel de estraza, que cuestan el ejemplar á doscientos, trescientos ó quinientos reales — valor intrínseco de la edición entera; — en los exámenes de favor, mогоllón y momio, ó de iracunda venganza; en las cátedras abandonadas por los alumnos al menor capricho, en las oposiciones donde se lleva el gato al agua quien mejores padrinos consigue; en los litigios que duran cuarenta años y por último arruinan al que los gana; en cuanto se llama aquí justicia é instrucción..., y encontramos que, verdaderamente, lo que nos da el Estado no es para alucinar á nadie, particularmente considerando lo que nos pide, que no es grano de anís...

Pero la más irrisoria y burlesca de las mentiras políticas que sobre nosotros proyectan sombra es para Nordau el parlamentarismo: *grande y absoluta mentira*, repite con insistencia; y mentira que, para mejor engañarnos, no se cubre con la máscara del pasado, de la tradición, sino con la del progreso y del porvenir. A mí los duros calificativos y las acres censuras de Nordau me han servido de consuelo. Temía yo que sólo fuese España la nación inhábil para adaptarse al régimen parlamentario, pero del libro á que me refiero saco en limpio que cuecen habas en todas partes. Tampoco en Bélgica, ni en Inglaterra, naciones donde el parlamentarismo nos figuramos que brota del suelo como la planta indígena, son las elecciones ni las Cortes expresión del mandato y de la voluntad popular. También allí para los diputados son letra muerta los intereses altos y generales, y sólo importan los relativos y ocasionales que pueden influir en la conservación del distrito, y por consiguiente en el propio medro. Tampoco allí es el país el que imprime dirección á sus representantes, sino los ministros los que, reuniendo en torno suyo á éstos como á dócil grey, por medio de ellos imponen su voluntad omnímoda á la masa. Tampoco allí ni ministros ni diputados asumen la menor responsabilidad efectiva, y por más injusticias, abusos, delitos y gatuperios que cometan, no incurrir en la pena menor. Lo que se dice de Inglaterra y Bélgica parece — ¡triste satisfacción para nosotros! — escrito de España y por España. No nos apresuremos á creer que aquí existen males y vicios de que están exentos los demás pueblos; son males universales, vicios de nuestro siglo, de los cuales ninguna nación, por lo visto, se exime. Y este es nuevo motivo para que no gritemos ni protestemos contra lo que ocurre, así ocurran demoniuras. Ley fatal la de los tiempos, hemos de sufrirla resignados.

Lo estamos de antemano al trueno gordo de las elecciones que se acercan. Si bien se considera, esto de disolver las Cámaras cuando cae el gobierno, por sí solo demuestra la inconmensurable mentira convencional del régimen parlamentario. ¿Es otro el país al día siguiente de haber caído Azcárraga y subido Sagasta? No habrá nadie que no se ría de esta interrogación. El país es el mismo; su pulso no tendrá un latido más; su tesoro, por ahora, ni un ochavo menos; pero no es el mismo el ministro de la Gobernación, ni los gobernadores civiles, y poco á poco, á golpe de procesamientos y destituciones, otras irán siendo las diputaciones provinciales, otros los muni-

cipios, otros los funcionarios de arriba abajo de la escala, otro en fin ese tinglado oficial que recibe la consigna para reclutar otra mayoría, diferente de la anterior, si no en procedimientos y condiciones en banderín de enganche. ¿Cómo se recluta? ¡Allí eso bien lo sabemos, bien lo saben hasta los campesinos, más escépticos y desengañados de lo que parece, al menos en mi tierra, donde los paleros distinguen por una sagacidad y un talento nativos que admira.

Ya se preparan á vender el voto, por dinero ó cosa que lo valga — rebaja de consumos, recomendación eficaz, destínallo, protección en cualquiera forma. Si no les vale algo el votar, no votarán; se quedarán tranquilamente en la heredad, cavando ó sembrando: hartos les consta que no por abstenerse dejarán aparecer su voto, atribuido á quien menos piense á quien se le antoje al alcalde, ó al secretario, al que maneje la mecánica electoral. Los augures se ríen de su religión caduca y falsa; los electores se ríen de su soberanía, de su función, de su carácter y de sus derechos. Si les preguntáis por sus opiniones, contestan que no saben qué es eso, ni con qué se comen ni para qué puede servir. En lugar de opinión tienen cuando más un nombre propio: D. Zutano. Irán adonde D. Zutano les mande ir. ¿Y D. Zutano? Ese es adonde D. Mengano disponga. D. Mengano dispondrá lo que quiera el Excelentísimo é Ilustrísimo D. Perengano. Este, á su vez, lo que sea servido el jefe. ¡Y gracias si hay jefe, en estos tiempos acéfalos!

He visto, en cierta ocasión, los movimientos del tronco de un insectillo decapitado. No cabe mayor expresión de angustia que el pataleo frenético y los automáticos movimientos del bicho. Realmente, en es para menos: le faltaba la cabeza. Ahora mismo muchos políticos sufren la agonía de aquel pobre: les falta la cabeza visible, y se agitan desesperados á derecha é izquierda, en suprema convulsión. El jefe de partido no se improvisa, dicen bien los que lo dicen. Hay en todos los partidos, y más en el conservador, bastante número de hombres que serían capaces de jefatura; pero necesitarían, para conseguir y ejercerla, que desde hace años se les reconociera la aptitud, y haber esperado que los sucesos les llevarían á puesto tan alto; y no sólo convenía que lo hubiesen creído ellos, llenos de fe en su destino, sino que á su vez lo hubiese creído el público. De la mañana á la mañana no se inventa una personalidad que quien todos, tácita ó explícitamente, ven, acatar, reconocen al caudillo, al guía, al ungido de la fortuna y del pueblo. En esto sí que, probablemente, fracasará cualquier intento de artificiosa composición. El jefe no se nombra: *deviene*, y perdónese el germanismo.

Lo único que hay de verdadero acaso en la mentira política que á todos nos envuelve y nos penetra es la persona, el individuo más ó menos genial, que consigue destacarse de la colectividad y agrupar en torno suyo energías y voluntades. Si pudiese fabricarse un jefe indiscutible como se fabrica un diputado, no hubiese producido tan honda conmoción la muerte del gran Cánovas. La del rey Alfonso XIII demostró que, en nuestra organización actual, es más fácil de reemplazar un monarca que un jefe de partido. Verdadera fórmula democrática, entre tantas que no pasan de fórmulas pintadas en telones de bambalinas.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### LO INCURABLE

¿Hay cosa más contemporánea ni más actual que la política? En ella vivimos, nos movemos y somos, aun los que menos motivos tenemos de acordarnos de ella. Sería tan inútil pretender evitar el influjo absorbente de la política, como querer no respirar el aire que es nuestro ambiente. Que nos guste ó no nos guste, se nos ha de colar en los pulmones.

La prensa está monopolizada y tiranizada por la política; las conversaciones también. Esto indica que nos encontramos en un momento crítico de la Historia, porque la política de hoy es la historia de mañana; lo que ahora nos parece choque de guijarros y pedruzuelas en la playa, será después rumor profundo del mar, voz de lo pasado. Y cuando los que han de seguirnos estudien la situación presente, su desarrollo, sus diversas fases, creo que se admirarán de cómo hemos podido resollar y existir entre tal desbordamiento de ambiciones y tal conflicto de intereses, vanidades, rencillas, rencores, delaciones y acusaciones mutuas; en esta profunda anarquía moral, la peor de todas.

Una nota de la política del día es ser esencialmente chismográfica. ¡Las calabazadas que se darán los futuros historiadores para interpretar los artículos alusivos, las insinuaciones continuas de la prensa! Y cuando aparezcan, si es que aparecen, las Memorias ó el Diario secreto de algún observador minucioso y agudo, de un Saint Simón ó una Madame de Aulnoy de la última mitad del siglo XIX, ¡qué hormiguero de leyendas, qué hervir de anécdotas y cuentos, qué matorral psicológico se descubrirá allí, y qué hacecillo de rayos de luz se proyectará sobre estas obscuridades y nieblas de la historia política, esclareciendo los móviles de muchos actos al parecer inexplicables y anómalos!

Antaño la tarea del historiador era más fácil. Con observar detenidamente al rey, á la reina, á la favorita ó el favorito, y á media docena de personajes eminentes, príncipes, generales, cardenales ó ministros, tenía en la mano, por decirlo así, los ases de la baraja. Actualmente, toda la baraja se vuelve ases. Hemos sustituido la monarquía tradicional con la monarquía colectiva, y padecemos centenares de regulos autónomos. La idea tan difundida de que impera el caciquismo no es más que versión popular del estado en que nos encontramos y reconocimiento de la verdad de mi tesis: que nos mandan infinitos reyes, aunque al parecer acatamos uno solo, el cual ni manda ni gobierna.

Sería tiempo perdido el que gastásemos en clamar contra este modo de ser de «nuestras democracias.» Tan persuadidos andamos de ello, que no sólo no clamamos, pero ni chistamos. Granjearíamos fama de extravagantes, si por fortuna ya no la tenemos bien sentada. Nuestra voz se perdería en el desierto; nues-